





siempre nos lo presenta como dudoso, como posible o más o menos probable.

Esta actitud circunspecta y prudente ya nos hace sospechar que cuando nos da algo como seguro, cuando nos cuenta algún acontecimiento como histórico, lo hemos de tener por cierto e indudable.

A este mérito hay que añadir otro, de esta obra suya «Sagunto y su historia», que para mí tiene tanta importancia como aquél. Este mérito a que me refiero es «la amenidad». Yo considero condición esencial de todo libro destinado al gran público, junto con su verdad. Un libro aburrido, pesado, oscuro, intrincado, que se cae de las manos, para mí es un libro malo, aunque contenga un gran número de verdades indiscutibles. Y esto es, no una opinión mía, sino un hecho real; es la realidad, que consiste en que un libro de esa clase no hay quien lo lea, y como yo creo que todo libro se hace para que se lea, a aquellos libros que no pueden leerse, porque son insoportablemente aburridos, no son en verdad libros, pues les falta la condición esencial de ser escritos para ser leídos.

Y para que un libro sea leído por el gran público se necesita que sea ameno, que se lea con gusto, que su lectura nos proporcione un placer, y en esto consiste la amenidad que su tan alto grado tiene la obra de Antonio Chabret.

¡Y qué obra! En ella está contenida la ciudad entera. Sagunto, desde su primitiva fundación, desde sus orígenes ibero griegos hasta nuestros días, pasando por todas las vicitudes, todos los trances y circunstancias favorables y adversas por que ha pasado una de las ciudades de historia más memorable del mundo; todo Sagunto está contenido en esta obra completa y clara y precisa. Y siempre amena; en ninguna página encontraremos el cansancio, el aburrimiento ni el tedio; siempre desde el principio hasta el fin, lo leemos con placer, con deleite. El lema «enseñar deleitando» tiene una confirmación real en esta obra de Antonio Chabret.

Y junto al cuerpo de lo puramente histórico, aparte para no romper la con-

tinuidad de la línea narrativa, encontramos en esa Historia una serie de noticias interesantísimas, muchas de las cuales podrían constituir, por sí mismas y sólo ellas, libritos preciosos. Los datos arqueológicos están llenos de interés para el gran público— y así podemos enterarnos, deleitarnos de lo que fué el templo de Diana, los Baños árabes, los barros saguntinos, el acueducto, el templo de Venus Afrodita, etc., etc.

Y también de todos los edificios religiosos y los civiles y de todos los hijos célebres de Sagunto.

Todo ello escrito a conciencia, con verdad y ponderación, con muchos detalles interesantes que nos gusta conocer.

Pero para hacer una obra como ésta, de tanta extensión, en que todo lo referente a la ciudad esté incluido en ella, se necesita la dedicación de muchos años y de muchos estudios y trabajos, se necesita consagrarse por completo a esa labor que es dedicar la vida entera al estudio de la ciudad; es vivir identificado con ella en cuerpo y alma; es entregarse a ella sin restricciones, en la totalidad de su ser.

Esto es precisamente lo que yo quiero destacar con estas líneas en honor de Antonio Chabret. Es el símbolo de ciudadanía; el modelo que todos los valencianos amantes de nuestro País tenemos que imitar, y si no podemos o no tenemos bastante energía y valor para consagrar, como él lo hizo, nuestra vida total y entera honrando, dando a conocer a nuestra ciudad, por lo menos acostumbrémonos a ver en Antonio Chabret— y otros como él, como Roc Chabás de Denia— a un sabio, un ciudadano ejemplar y un valenciano modelo.

Debemos admirarles y reverenciarles, porque son el honor y orgullo del país y ciudad que los vió nacer.

Entre Antonio Chabret y Sagunto hubo una intimidad tan profunda, que bien podemos llamar una larga aventura de amor. Es, pues, bien justo que Sagunto recuerde ese gran amor y de algún modo corresponda a él.